

Don Q And His Gang: enseñar el Quijote en una cárcel de máxima seguridad de EE.UU.
Luigi Giuliani entrevista a Carmen Peraita

Carmen Peraita, Professor of Early Modern Cultural History and Literature en Villanova University (Pennsylvania, EE.UU.) y especialista en Literatura del Siglo de Oro, ha impartido durante el curso 2015-2016 una asignatura sobre el *Quijote* en una prisión de máxima seguridad gracias a un acuerdo entre su universidad y el estado de Pennsylvania. De esta experiencia ha hablado en varias charlas en España y en Italia, la última de ellas en junio en la Universidad de Perugia, invitada por la cátedra de Literatura Española.

¿Por qué aceptaste enseñar literatura en una cárcel?

Villanova University tiene un programa de enseñanza para los presos de una cárcel de la que –por un *non-disclosure agreement*- no puedo revelar el nombre. Allí se enseñan varias asignaturas que forman parte de la carga docente de los profesores que participan en el programa. No es una actividad extra de tipo voluntario, y tengo toda la libertad para decidir qué enseñar. Así el curso pasado acepté participar y enseñé de agosto a diciembre de 2015, catorce semanas -las semanas regulares de un semestre en la universidad,- dos horas seguidas cada semana, de una a tres los miércoles.

¿Por qué elegiste el Quijote?

Me interesaba que fuera un curso que se basara en la lectura de un texto de ficción. Desde siempre pienso que el *Quijote* no es solo un clásico, sino también un texto muy divertido de leer, y aunque pueda parecer muy alejado de la cultura de los alumnos actuales, resulta todavía interesante para los estudiantes de los EE.UU. del siglo XXI. En este caso quería un poco también sorprender a los estudiantes con un texto tan inesperado, tan desconocido como el *Quijote*, aunque no imaginé que pudiera engancharlos de la forma que les llegó a enganchar. También en mi decisión tuvo un papel importante –aunque menor- el hecho de que había dado muchas veces y en muchos cursos distintos el *Quijote* y me sentía quizás más segura en esta primera experiencia de enseñanza en la cárcel con un texto que conocía bien desde el punto de vista didáctico.

Descríbenos la clase. ¿Cuál era el perfil de los alumnos, cuántos eran, qué tipo de background poseían?

Era una clase relativamente numerosa, 18 estudiantes. Como era un curso requerido, que no se había ofrecido antes, y muchos estudiantes lo necesitaban para graduarse, se

matriculó un número alto de alumnos. El perfil era bastante variado. Nunca en mi experiencia de profesora había tenido una clase con un porcentaje tan grande de alumnos pertenecientes a minorías: de esos 18 estudiantes, 14 eran africanos americanos, dos eran blancos y dos latinos. Las edades eran muy variadas, iban desde mediados de los treinta (en la cárcel es muy difícil adivinar la edad de los presos) hasta –yo diría- pasados los sesenta (a lo mejor eran más jóvenes, pero algunos parecían cerca de setenta y tantos). Por lo que se refiere al background, venían casi todos de familias pobres de Filadelfia y Pittsburgh. Proceden de núcleos urbanos y, aunque algunos ya habían estudiado parte de su carrera antes de ingresar en la cárcel, para muchos de ellos su primer contacto con los estudios universitarios se produjo en la cárcel. Desde el punto de vista religioso, había bastantes musulmanes, un grupo de protestantes y algunos católicos. También tenían distintas habilidades de lectoescritura: algunos eran excelentes escritores, otros tenían problemas con la redacción en inglés. Pero todos eran muy trabajadores y muy cumplidores: nada más entrar en clase me daban las tareas que tenían asignadas.

¿Y cuál era su perfil judicial? ¿Por qué estaban allí? ¿Tuviste acceso a información sobre ellos?

Los colegas que ya habían dado clase en la cárcel me aconsejaron no intentar saber qué han hecho. Por supuesto, si acudes a internet te sale todo lo que ha hecho cada estudiante, pero es mejor no investigar sobre por qué están allí. Es mejor verlos simplemente como tus estudiantes. Aunque por los comentarios de algunos colegas terminas enterándote de cuáles llevan mucho tiempo allí o no van a salir nunca.

¿Cómo organizaste la programación entera de las catorce semanas, y cuál era el plan de cada clase?

Obviamente al principio les tuve que dar un programa en el que se decía que el curso estaba centrado en la lectura completa de las dos partes del *Quijote*. Allí exponía básicamente las lecturas para cada semana, el número de capítulos que había que leer y alguna idea sobre la tarea escrita, pero antes de empezar el curso no tenía muy claro qué tipo de tareas podrían ser relevantes para ellos. Uno de mis grandes miedos era: “Yo llego de fuera y qué es lo que puedo hacer para que para ellos sea algo que les interese”. Me parecía importante que los estudiantes escribieran: es un curso universitario y se nos dice que tenemos que poner unos baremos altos en la clase, pero no tenía muy claro cuáles eran las tareas que se podían asignar a este grupo de estudiantes hasta que no los conociera un poco. Tenía previsto detenerme en determinados pasajes de la novela, por ejemplo, ese discurso de la pastora Marcela en defensa de sí misma frente a los acusadores, casi de carácter forense y de defensa de la libertad, podía ser interesante para que lo analizaran por escrito. Tenía alguna idea preliminar al respecto, pero no

muchas. Cuando empecé a estar en la clase con ellos fui planeando toda una serie de trabajos escritos a través de los cuales ellos pudieran relacionarse más personalmente con el texto, y que me servirían para poder conocer mejor a cada estudiante, puesto que no había manera de hablar individualmente con cada uno de ellos.

¿Cómo se debía desarrollar cada clase? ¿Qué limitaciones tenías en tu trabajo?

Yo solo tenía el permiso de entrar en el aula a la hora fijada, porque antes se producía el recuento: no podía llegar antes y esperar charlar con los estudiantes, porque ellos no estaban en la clase y yo no tenía posibilidad de acceso. Normalmente terminaba la clase cuando entraba uno de los guardias y les daba el salvoconducto que necesitaban, y se los llevaba al recuento. Muy raramente tuve la posibilidad de charlar con uno o con otro. A lo mejor mientras estaban en fila para que se los llevaran podía hablar con uno. Una técnica que utilicé y que me sirvió mucho, muy básica, fue la de dirigirme a ellos uno por uno cuando llegaba y antes de empezar: “Hola James, ¿cómo estás? ¿Cómo ha sido tu semana?” Y me contestaban “¿Cómo crees que ha sido?”. Y creo que eso fue muy importante, porque me dio la posibilidad de hablar individualmente -aunque fuera solo muy esquemáticamente- con cada uno.

No te estaba permitido decir nada de ti, tener un contacto personal con ellos.

No podía tocar a un estudiante, no les podía dar mi dirección de correo electrónico. Ten en cuenta que, aunque ellos no tienen acceso a email, siempre pueden contactar a gente que sí lo tiene. No les podía decir nada de mí: que soy española, qué coche conduzco, cuánto tiempo llevo en EE.UU. Pero ellos saben que el profesor tiene prohibido hablar de cuestiones personales y no te hacen preguntas. Ni siquiera me podía dirigir en español a los hispanos. No podía darles un lápiz o traerles un regalo.

¿Con qué traducción inglesa has trabajado?

Con la edición más reciente, la de Edith Grossman, de 2003. Ya la había utilizado en el pasado en un curso graduado que di en inglés. Es un *Quijote* muy adaptado al inglés americano actual. Pensé que iba a haber otros tipos de dificultades y que la lengua no debía constituir un obstáculo para los alumnos. De hecho, creo que al principio del semestre, parte de sus reticencias a leer una novela escrita hace cuatrocientos años se debía al temor de no entender la lengua. El hecho de que vieran que con la traducción no tenían ninguna dificultad lingüística les ayudó muchísimo en su acercamiento a la obra.

¿Qué materiales didácticos usaste en clase?

Trabajaba con *handouts*. El material de tipo iconográfico que quería darles (por ejemplo, una reproducción de la rueda de la fortuna medieval o la Y pitagórica, o mapas o cuadros) lo fotocopiaba en 18 copias y lo repartía.

¿Cuáles eran las expectativas de los alumnos antes de empezar el curso y cómo reaccionaron a tu propuesta?

Siempre son muy respetuosos y tienen un especial agradecimiento a los profesores que decidimos enseñar en la cárcel. Para nosotros es una inversión de tiempo en un programa que no es necesariamente popular, incluso en Villanova (hay colegas que nunca quieren enseñar o departamentos que no participan en ese programa). En mi caso sabían que era la primera vez que enseñaba allí y veían que no conocía las reglas, por ejemplo no sabía que iba a entrar el guardián que les repartía los salvoconductos, y ellos me lo explicaban. Sobre todo al principio me dijeron claramente y respetuosamente que ellos estaban interesados en otros temas. Siempre me acordaré: “Queremos saber más sobre nuestra Nación, sobre el Islam, sobre África o la historia de la esclavitud...” Pero al final del curso, cuando les pasé una encuesta preguntándoles sobre qué querían una clase en el futuro, esas peticiones ya no aparecían, y ponían: “Sobre Cervantes, etc.”. Al principio no había un gran interés en leer una novela escrita cuatrocientos años antes en España. Lo que sí fue muy interesante, y creo que les ayudó, es que yo insistí mucho al principio en que Cervantes había estado en la cárcel, había estado en cautividad, era un escritor que conocía bien la privación de la libertad, que escribía desde un mundo marginal, que había pasado por la pobreza, que había muerto en una situación de no gran éxito social, y ese aspecto les interesó inmediatamente.

¿Cuáles son los elementos que les impactaron, que más les atraían tras ese momento inicial de desconcierto?

Lo que más les llamó la atención es el carácter tan humano de los personajes, con sus debilidades, con sus enfados, con las peleas entre Sancho y don Quijote, su amistad profunda, su sentimiento de lealtad recíproca. Es un mundo muy cercano a ellos en determinados aspectos, la expresión de los sentimientos, los tipos de situaciones que se producen... Se sintieron muy próximos a las reacciones de ciertos personajes, como en el caso del Curioso Impertinente, del que comprendieron ese empeño autodestructivo, porque reconocen ese mismo empeño en ellos mismos. Además me decían, sobre todo en la Segunda Parte, que Cervantes nunca se repite: siempre hay una aventura nueva, siempre nos sorprende con algo nuevo. Admiraban la capacidad de inventiva de Cervantes y también su sentido del humor.

En muchas páginas de la novela se abordan temas relacionados con la privación de libertad.

Localizaban no solo los episodios en que ese tema es central, como el de los galeotes o el de Roque Guinart, sino todas las microalusiones –y son muchas- en que aparecen, aunque sea de pasada, la idea de la esclavitud, de la libertad, de la cautividad. Eso les daba pie para un cotejo con lo que significa la privación de la libertad para ellos y para comentarios más o menos directos sobre cómo ven ellos su situación. Sobre todo –y aunque algunos de ellos han cometido actos horribles, y no lo niegan (aunque todo eso siempre era muy elusivo)- son muy conscientes de que el sistema penitenciario en que se encuentran es totalmente injusto, primero desde el punto de vista legal, segundo, desde el punto de vista del trato humano que reciben en la cárcel. Y el trato y el respeto entre las personas son temas a los que también Cervantes es muy sensible. Además, son estudiantes muy politizados, y –aunque no pueden votar- están muy al tanto de la política, de las decisiones del Tribunal Supremo etc., y a través del *Quijote* expresaban sus puntos de vista sobre su situación concreta.

Me hablabas de su pertenencia a distintas religiones. ¿Cómo reaccionaban ante el tema de la religión en la novela?

La religión tiene un papel central en sus vidas. Aunque yo enseñé en una institución católica, nunca he visto a estudiantes para los que este elemento fuera tan central, ya fuera para los musulmanes, ya fuera para los estudiantes católicos (mi mejor estudiante trabajaba en la oficina del capellán) o los protestantes. Los estudiantes reconocían inmediatamente cualquier cita bíblica. Muchos leen la Biblia a diario. Para ellos la religión es fundamental espiritualmente y creo que también socialmente porque dentro de la cárcel pertenecer a un grupo de solidaridad especial es muy importante. Un estudiante africano-americano de origen jamaicano, que nunca había vivido en un ambiente religioso, me contó que al ingresar lo primero que le preguntaron fue: “¿Cuál es tu religión?” Contestó: “Ninguna”. Y entonces lo único que le dijeron es: “You’d better find one”: “Mejor te encuentras una”. Muchos se vuelven religiosos o se convierten. Creo que no hay nadie en la cárcel que no sea religioso. El estudiante del que te estoy hablando es un *juvenile lifer*, un condenado a cadena perpetua que entró en la cárcel siendo menor de edad y que lleva ya más de veinte años allí. Es un estudiante brillantísimo, de hecho mi mejor estudiante, que podría haber estudiado en el MIT, y que llamaba al curso “Don Q And His Gang”. Hace muy pocos meses, en marzo, la Corte Suprema del Estado de Pennsylvania declaró inconstitucional la condena a cadena perpetua para menores, sin embargo no está claro qué va a pasar con los *juvenile lifers* ya condenados, si la sentencia de la Corte es retroactiva y a qué condiciones.

Muchos de ellos eran de religión musulmana. ¿Qué les atraía más de la novela?

Uno de los elementos que me ayudó para captar la atención de los estudiantes, y lo hice en los primeros días de clase, fue hablar de la herencia árabe en la cultura española. No siempre pillaban los comentarios irónicos de Cervantes como los que hace sobre Cide Hamete Benengeli, quien, al ser moro, es presentado como mentiroso. Para ellos la ironía en ese punto es difícil de captar. Toda la parte del cautivo, el tema del escaparse, el episodio de Zoraida y su padre, los leían con una especial atención porque implicaban la presencia del Islam en la narración y en la cultura española. Había muchas preguntas sobre cuál era la relación entre las religiones en España, sobre los contactos con las culturas musulmana y judía, o sobre quiénes eran exactamente los moriscos y por qué se les expulsó.

¿Qué sabían ellos de la cultura española en el momento de empezar la lectura?

No sabían absolutamente nada. Nunca habían oído hablar de España, ni sabían dónde está localizada geográficamente. Yo empecé el primer día de clase trazando un mapa de España en la pizarra, y en las primeras clases tuve que dibujar tantos que me dijeron: “Oye, ¿por qué no nos traes un mapa y nos das una copia a cada uno?” Lo que enseguida captó su atención es que España está al lado de África, a solo veinte kilómetros, y aprendieron qué es Gibraltar. Una vez que entramos en la lectura del *Quijote*, cualquier elemento daba pie para hablar de historia. Por ejemplo: Avellaneda era de Tordesillas, y como algo les sonaba el tratado de Tordesillas, tuve que traer un mapa para explicarles qué pasaba en esa época en los territorios españoles del Nuevo Mundo. Quisieron saber sobre Bartolomé de las Casas, y en una ocasión les fotocopié la introducción de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* y se la llevé, pero por supuesto se quedaron sorprendidos que Las Casas apoyara la importación de esclavos negros para que sustituyeran a los indios como mano de obra, y ese fue un tema muy difícil de discutir en clase.

¿Qué elementos de la trama les interesaban más?

En general, el perfil de los personajes. En el *Quijote* aparece un barbero, y también entre los alumnos había un barbero, un estudiante que había aprendido el oficio en la escuela de barbería de la cárcel, aunque se trata de una de las profesiones que los presos tienen prohibido ejercer cuando recuperan su libertad. Ese estudiante se quedó fascinado por ese personaje, estaba interesado en saber cómo funcionaban todos esos objetos de barbería, se quedó sorprendido por el hecho de que el barbero hacía sangrías, y en su diario comentaba técnicamente cualquier referencia a su oficio. Por ejemplo, el episodio de la princesa Micomicona y de las barbas postizas –episodio que a menudo se ha leído de una forma psicoanalítica- lo comentaba de una manera mucho más literal. Terminó casi dándoles a sus compañeros una conferencia sobre qué era un barbero en el Renacimiento.

Dices que los alumnos escribían un diario. ¿Los invitaste tú a que lo hicieran o lo hicieron por su cuenta?

Esa fue una idea que se me ocurrió una vez empezado el curso, no lo había hecho antes en mis clases, y fue para que ellos prestaran atención a su forma de leer un texto, cómo materialmente lo leían: dónde, cómo, con qué luz, con qué interrupciones, y también con qué imaginaciones, asociaciones de ideas... Cuando les dije “Quiero que escribáis ese diario, y que me lo entreguéis cada tres semanas”, la primera reacción no fue muy positiva: “¿Por qué tenemos que hacer un diario?”. Después ese diario les interesó mucho, porque no solo nunca antes habían prestado atención a cómo leen un texto, sino también porque les abría muchas posibilidades de divagar incluso sobre su situación, sobre su semana, sobre su lectura.

¿Cuáles son las condiciones para el estudio en la cárcel?

Un mito falso que tenemos es el del tiempo a disposición de los presos. Mucha gente me comenta: “Claro, son buenos estudiantes y pueden leerse el *Quijote* porque tienen mucho tiempo libre”. Eso no es cierto. Primero, trabajan: empiezan a trabajar a las 7 de la mañana y llegan a clase agotados. Muchos de ellos están obligados o semiobligados a trabajar, y por supuesto se les paga muy poco. Además, el poco tiempo libre que tienen no es un tiempo de calidad. No tienen un espacio donde estudiar. Los estudiantes me decían: “En la cárcel nunca hay silencio, nunca, durante las veinticuatro horas”. Y de hecho la primera impresión que tuve cuando entré en la cárcel era el ruido atronador. Viven, pues, en medio de un ruido constante, no tienen espacio, no tienen una silla, una mesa donde sentarse a trabajar. La celda es muy pequeña y hay que compartirla con un compañero, con la televisión encendida, y encima no les dejan prácticamente tener materiales para el estudio. Al final del curso me sentí culpable de haberles traído tanto material, porque de pronto en cualquier inspección de celda se lo quitan y se lo tiran. Ellos se quejaban de que no tienen un espacio tranquilo, silencioso, cómodo, donde trabajar. No existen espacios comunes como una biblioteca o una sala de estudio. El *lifer* que trabajaba como ayudante del capellán me escribía en el diario que él había tenido muchísima suerte porque podía utilizar la oficina del capellán y estudiar en una mesa, porque para los demás las condiciones incluso solo para leer un libro no son para nada fáciles. Y parece que ahora sí, se abre una pequeña posibilidad de que podamos tener un espacio para dejar las cosas en reserva y los estudiantes puedan acceder a ese material.

¿Cómo se enfrentaron al juego de espejos, a la caja china representada por el autor, el manuscrito hallado, el traductor, a todas las convenciones literarias, hasta las incongruencias, de la novela?

Nunca habían leído una novela con una estructura narrativa así. En realidad, leen muy poca novela, o casi nada, porque las clases de literatura inglesa son sobre todo de poesía contemporánea. Entrar en la estructura narrativa del *Quijote* les costó al principio mucho trabajo, y en la clase decían una y otra vez: “Sigo sin entender”. “No entiendo bien qué es lo que está ocurriendo”. “Pero ¿quién es el autor?, ¿qué es lo que pasa?”. Todo ese juego de cajas chinas, o el hecho de que se interrumpa la narración porque se interrumpe el manuscrito, que hay que ir a la búsqueda de cómo continúa, y resulta que hay un autor de una historia y que es mentiroso... causó muchas discusiones en clase, hasta el punto que tuve que llevarles un esquema. Pero una vez que entraron en eso, una vez pasadas las dificultades de las primeras semanas, comprendieron muy bien todo el juego que hay en la Segunda Parte. Y les llamó la atención de manera muy especial el que don Quijote declarara que él es el auténtico don Quijote. El mecanismo causado por la aparición del *Quijote* de Avellaneda les pareció fascinante: el hecho de que no fuera una instancia superior –la del narrador- que descalificara al “impostor”, al otro Quijote, sino que lo hiciera el mismo protagonista.

Se quedaron involucrados en la lectura...

No querían saltarse partes, ningún capítulo. A mí en general me cuesta mucho decidir qué capítulos saltar, pero pensé que quizás se podían omitir algunos capítulos de la parte de la historia que tiene lugar en la casa de los Duques, más que nada porque iba a ser mucha lectura para cada sesión. Pero cuando se lo propuse –ya avanzado el curso, cuando íbamos a empezar la Segunda Parte-, el *lifer* del que te he hablado dijo: “No, no, no nos gusta saltar”, y todos los demás estuvieron de acuerdo.

En cuanto profesora de una universidad de élite, sueles tener a alumnos de clase media o alta, blancos en su gran mayoría. ¿Qué diferencias encuentras en tu experiencia con tus alumnos habituales y los de la cárcel?

La intensidad y el deseo de saber de los estudiantes en la cárcel nunca la he experimentado en mis clases habituales, sobre todo en las subgraduadas. Mis estudiantes en la universidad no son estudiantes que les interese especialmente la literatura. A los de la cárcel tampoco, y sin embargo la lectura tan personal que han podido hacer del *Quijote* tiene una intensidad, una profundidad muy especial. Creo, además, que también a eso contribuyó el hecho de que en la clase no tienen acceso a internet o una biblioteca con que satisfacer ese enorme deseo de aprender. Para ellos

esas clases son una forma de mejorar su vida, una oportunidad que no pueden desaprovechar.

¿Qué crees que les ha dejado a ellos la lectura del Quijote?

Una de las cuestiones que son importantes para mí como profesora de literatura española es que de pronto la literatura es algo relevante dentro de su vida, algo que merece la pena, merece la pena dedicarle tiempo. Para mí es importante abrirles la mente a todo un campo, y a la cultura española, que no conocían. Ahora tienen un conocimiento un poco más sofisticado de la historia de Europa y entienden que eso puede tener una relación con su propia historia. Y han descubierto que leer literatura, leer un clásico, leer un texto de hace mucho tiempo escrito en un país tan lejano, puede ser muy importante y placentero.

¿Y qué te ha aportado a ti esta experiencia tanto en términos de metodología didáctica como en un nivel más personal?

En un sistema universitario como el americano, extremadamente caro y muy enfocado al mercado del trabajo, nos hacen dudar de que enseñar el *Quijote* o los clásicos tenga algún sentido. Esta experiencia me ha reforzado en la idea de que sí, esos textos tienen una validez fundamental, pedagógica y humana, y siguen siendo centrales, incluso en una educación abocada a un mercado muy profesional. Siguen siendo los textos que tenemos que enseñar. Me ha dado más seguridad en algo que al principio de mi carrera era muy importante pero que se ha ido desgastando por los ataques de los que sostienen que no hay que enseñar literatura y que tenemos que montar cursos de cultura, *internships*, etc... El curso me ha dado ideas, porque la cárcel me empujó a repensar mis planteamientos iniciales, a crear tareas diferentes de cara a un curso sobre el *Quijote* no tan centrado –quizás– en aspectos literarios o de teoría literaria, sino más abierto a que el estudiante pueda jugar con su lectura, seleccionar determinados aspectos de la obra y aplicarlos a su situación personal. Me ha dado además una enorme energía y ha reforzado mi vocación por la enseñanza, una vocación que tuve desde mi juventud y que en la situación tan difícil en que se encuentran las humanidades podría correr el riesgo de desgastarse. Y quiero seguir con esta experiencia en la cárcel sin limitarme a la enseñanza en el aula sino intentando organizar otras actividades. Todavía no he pensado en el tema del próximo curso, pero estoy en la lista de los profesores para el año que viene, y quisiera desarrollar actividades extraescolares allí, aunque es muy complicado. Una de las cosas por las que fui a ver a la directora del programa de enseñanza en la cárcel en Villanova, es para solicitar que los estudiantes puedan tener acceso a una biblioteca, a un lugar donde estudiar. Tal vez se me pueda reprochar una actitud algo quijotesca hacia mi trabajo, pero también esta es una de las muchas enseñanzas de la novela de Cervantes, ¿no?

